

Ante la imagen, se mira,  
 Una mujer de tan alta  
 Beldad y de hechizo tanto,  
 Como de aflicción tan rara,  
 Que al emblema de lo hermoso  
 El del pesar igualaba,  
 Y más pareciera al verla  
 En la angustia, y á la escasa  
 Claridad de las antorchas  
 Que oscilan, y sombras varias  
 De los muebles y las telas  
 Difunden, mezclan y cambian,  
 Ser aquel cuadro un espejo  
 Que á la aflijida retrata.  
 O bien que dejando el lienzo  
 Oscuro, la imagen sacra,  
 Cobra acción, desciende al suelo  
 Y nuevo llanto derrama.

Este duelo, este conflicto  
 De Isabel, se originaba  
 De una breve conferencia  
 Que había tenido en la sala.  
 Don Claudio, según costumbre,  
 Vino aquel día á visitarla;  
 Pero inquieto, el embarazo  
 En su rostro se pintaba.  
 Isabel sin observarlo  
 Por su esposo le demanda;  
 Si hay noticias le interroga.  
 —Sí, señora, pero malas,  
 Le contesta: el enemigo  
 A la ciudad amenaza.  
 —“Yo pregunto por Enrique  
 Y el estado de la causa.”  
 —“Está concluida y resuelto  
 Que en esta propia mañana...”  
 —“Hable vd., D. Claudio, diga  
 Qué suerte á mi esposo aguarda.—

—“El comandante, señora,  
 Un escarmiento prepara  
 A los rebeldes, y ordena  
 Que si Morelos ataca,  
 A los presos sin demora  
 Se les pase por las armas:  
 Concedé sólo dos horas  
 Para esto, ó la retirada.—  
 —Pero Enrique...!—En el proceso  
 Se complica, y unas cartas...—  
 —Mas vd. de su inocencia  
 No ha mucho me aseguraba.—  
 —Es cierto, ¿cómo pudiera  
 Isabel, desconsolarla?  
 Un solo arbitrio se encuentra;  
 Resta solo una esperanza:  
 “Consintiendo vd.—A todo;  
 Huiré con él.—Menos basta:  
 Si de mi amor, Isabel,  
 F: fuego antiguo templara  
 Un solo favor, en gozo  
 Se trocaría la desgracia.  
 Enrique al punto evadido  
 Con mi auxilio, y rechazada  
 La invasión, luego un indulto  
 Fácilmente se le alcanza.  
 Si la ciudad, al contrario,  
 Vencedor Morelos gana,  
 Con el influjo de Enrique  
 Mi perdón seguro se halla.  
 El feliz, yo venturoso,  
 Y vd. á los dos nos salva.  
 —Malvado, dice Isabel,  
 He comprendido esa trama  
 Del infierno; delator,  
 Espía y verdugo, restaba  
 Esta injuria. Te abomino,  
 Y si he de pedirte gracia

Será que á tantas maldades  
No el villano insulto añadas."

Y torciéndose los brazos  
Convulsiva, "¡Virgen Santa  
De la Soledad! tu amparo  
Dame," con fervor exclama.

Vuelve después á D. Claudio  
Una severa mirada  
Que lo reprende, lo asusta,  
Y los colores le saca.

—"Antes, le dice la muerte;  
Antes la viudez aciaga,  
¡Hombre perverso! tu vista  
Más que la pena, me cansa."

—Bien, señora: recobrando  
Su disimulo y su audacia,  
Saldré, D. Claudio contesta,  
Y á efectuarlo se prepara.

Con ironía la saluda:  
Al reloj la vista clava,  
Lo consulta, y sonriendo  
Con cierta expresión amarga,

—"Sólo dos horas... murmura,  
Es corto plazo: mañana  
O serás viuda paloma,  
O está el milano en la jaula."

Y calándose el sombrero,  
Arrebozado en la capa,  
Toma la puerta y al punto  
Hasta la calle se planta.

Esta singular escena  
Dentro la ciudad pasaba,  
Mientras las huestes patriotas  
Al ataque se preparan.

Ya los cañones Terán  
Ha colocado á vanguardia;  
Al fuerte contrario asesta  
Ruínas y muertes causa.

Los cazadores que Sesma,  
Jóven valiente comanda,  
La altura de San Lorenzo  
A la bayoneta ganan.

Los dragones de Montañó  
Arden por teñir sus lanzas;  
Pero el fuerte que por nombre  
"De la Soledad," llevaba,

Dominando el campo vierte  
Tanta copia de metralla,  
Que largos surcos abriendo  
En las filas destinadas

Al asalto, las detiene,  
Las rompe, y ya vacilaban,  
A pesar que en exhortarlas  
Sus capitanes se afanan.

Porque inaccesible al muro  
Un ancho foso guardaba  
Con su elevadizo puente,  
Que le da mucha ventaja.

Y porque al fin hombres eran  
Los que resistiendo estaban,  
Y no de acero, ni tienen  
Más que el pecho por muralla.

El rumor de la desecha  
Ya en el campo circulaba  
Siniestro; pero un caudillo  
Lleno de vergüenza y rabia

Detiene á los fugitivos,  
Se pone al frente y les habla:  
—"Ha del valor, compañeros!  
Adelante, camaradas."

Y dando él mismo el ejemplo  
Ligero al foso se avanza,  
Al través de espesa niebla,  
De humo y granizo de balas.

Allí al impulso tan solo  
del ardor que lo acompaña,

La acción mayor ejecuta,  
Que en fabulosa rayara.  
A no declarar testigos  
En gran número, esta hazaña,  
Que de "Victoria" el renombre  
Por ella le dió la fama.

"Cobardes," á los contrarios  
Con voz de trueno gritaba,  
"Allá voy; para batiros  
No he menester de las armas."

Y siguiendo el movimiento  
más-veloz que la palabra,  
A la otra orilla el acero  
Arroja y se tira al agua.

Lo imita al punto la tropa;  
El enemigo se pasma:  
Huye con pavor. El puente  
Rápido y crugiendo baja.

En un tostado alazán,  
Crin espesa y prolongada,  
Cuello altivo, corta oreja,  
Breve la cabeza y alta,  
Ojo ardiente, fuerte el pecho,  
Vientre leve, llena el anca,  
Estrecho y sonoro casco,  
Canilla enjuta y delgada,  
Con fuego el aliento arroja,  
El freno con fuerza tasca,  
Copos de espuma esparciendo  
Que el cuerpo y arneses baña.

Matamoros, el invicto  
(Segundo en jefe) cabalga,  
Recorre veloz el campo:  
Ligero en las filas pasa.

Todo lo ve, lo dirige,  
Aquí amonesta, allí alaba:  
Y donde el mayor riesgo,  
Allá el primero se halla.

Mientras que el grande Morelos  
Órdenes dictando claras,  
Con un sosiego que hiela,  
Con una frialdad que espanta,  
Tranquilamente un "tabaco,"  
Como de habitud "fumaba;"  
Y si el enemigo bronce  
De su lado le arrebatá  
Un edecan, que de sangre  
Su propio vestido mancha,  
Al rumbo do sale el tiro  
Con desdén los ojos alza.

En todas partes la lucha  
Está con ardor trabada:  
En todas el plomo silba,  
Las voces en todas claman.  
Suená el clarín, suena el parche,  
Las bayonetas y lanzas  
Se cruzan, y el bronce ardiendo  
Entre relámpagos brama.  
Pero corre el tiempo. Un ruido  
Sordo y confuso se alcanza  
A escuchar: también de lejos  
Se vé una nube inflamada.  
Señal que sigue el combate  
Y que en la ciudad batalla  
Disputando, el enemigo,  
El terreno en retirada.

Ante la imagen divina  
Isabel arrodillada,  
Vertiendo llanto copioso,  
Eieva ardiente plegaria.  
Lo que D. Claudio le dijo  
Con más atención repasa,  
Y de su Enrique el suplicio  
De los ojos no se aparta.

Las cárceles y conventos  
 Muchos presos encerraban,  
 Y está de muerte contra ellos  
 La sentencia pronunciada.  
 Ella lo sabe y ha oído  
 Voces, rumores de armas,  
 El tropel de los caballos,  
 El toque de generala.  
 Oye también dar la hora;  
 De improviso una descarga...  
 Y otra más... "¡Virgen piadosa,  
 Dice, tu favor le valga."  
 Y alzando juntas las manos  
 A la Imágen Soberana,  
 Inclina después el rostro,  
 Y se queda como estatua.

—“¡Isabel!” fuerte una voz  
 Oye de cerca nombrarla,  
 Y súbita á la afligida  
 La ciñe una sombra humana  
 Más que un hombre. Su cabello  
 Luengo y en desórden vaga:  
 Enjuto, amarillo el rostro,  
 Crecida al pecho la barba.  
 Y destrozadas las ropas,  
 Como el que en prisión muy larga  
 Ha vivido, y de improviso  
 Los calabozos quebranta.  
 Lo ve Isabel, se estremece:  
 Con fuerza pugna: se arranca,  
 Huye, corre, se imagina  
 Que la sigue una fantasma.  
 —“Yo soy, Isabel, tu esposo,  
 Yo soy Enrique.” La llama:  
 Ella lo oye y reconoce,  
 Vuela, y amante lo abraza.

Quedó cumplida la “orden  
 De acuartelarse en Oajaca;”  
 Sus defensores rendidos  
 Se humillan, y obtienen gracia.  
 Los calabozos se abrieron,  
 Entre vivas y alabanzas;  
 El obispo y sus guerreros  
 Repicaron las campanas.

Jalapa, Agosto 16 de 1844.

JOSE DE JESUS DIAZ.

CAPITULO  
 PRIMERO  
 LA FANTASMA



## LA BATALLA DE ACULCO

A la orilla del camino  
Que llaman de Tierradentro,  
Que va entre inmensas llanuras  
Cercadas á largos trechos  
Por elevadas montañas  
Y por empinados cerros.  
En una hermosa hondonada.  
De Arroyozarco no lejos,  
San Gerónimo de Aculco  
Asoma el humilde aspecto.  
Es una verde llanura  
Con unos pelados cerros.  
Y es un conjunto de chozas  
Que quiso llamarse pueblo.  
Que el hábito no hace al monje,  
Ni sirve para mi cuento.  
En la llanura, Calleja  
De Hidalgo se halla en acecho.  
Porque así el Virrey lo manda,  
Y la orden tuvo en Querétaro.  
Hidalgo, desde las Cruces  
Se retiró satisfecho  
En medio, no ya de tropas,  
Sí de tumultuoso pueblo  
Que celebrando victorias,  
Mas sin rumbo ni concierto

Coronaba las alturas  
Desordenado y contento;  
Pero gérmenes de muerte  
Desarrollando en su seno  
Están entre los caudillos  
Las serpientes de los celos.  
De lo que Hidalgo concierta.  
Allende reclama el premio:  
Uno detesta á los Reyes  
Y el otro al Rey es afecto,  
Mas la causa de las causas  
Está en la tiniebla envuelto;  
Aún tiene la historia sombras  
Que no disipa el misterio...  
Y mucho hago levantando  
Sólo la punta del velo,  
Que trastorna conjeturas  
Y que confunde sucesos.  
Cuando Calleja acomete  
Se tornan tumulto inmenso  
El vasto campo de Hidalgo,  
Sus trenes y sus guerreros,  
Y se usurpa la sorpresa  
Los lauros del vencimiento.  
Derrámanse en la llanura.  
Grupos de extraviado pueblo,  
Como la tromba marina  
Brota de la mar, barriendo  
Las atropelladas olas  
Que le salen al encuentro.  
Carrajes, trenes, tesoros,  
Pertrechos de guerra inmensos  
Intrepido salva Allende  
Retirándose en concierto.  
En las masas infelices  
Ceba Calleja el despecho,  
E inmola su alma de hiena  
A rendidos prisioneros.  
Hidalgo se encuentra aislado,

Y sigue firme y resuelto  
 A Valladolid su marcha,  
 Donde pronto le hallaremos.  
 Allende, con lo que salva  
 De sus bravos compañeros  
 A Guanajuato se lanza  
 En rápido movimiento.  
 Calleja al Virrey escribe,  
 Vano, orgulloso, contento:  
 "La insurrección es vencida;  
 "Ya la insurrección ha muerto;"  
 Y así afirman los serviles  
 Entre entusiastas festejos.  
 Así, cuando se percibe  
 De pronto un claro de cielo,  
 Y los relámpagos cruzan  
 En nubarrones dispersos,  
 No se mira que otras nubes  
 Que retumban á lo lejos  
 Como flotando esparcidas  
 Empujadas por los vientos,  
 Harán más recio el estrago  
 Si invaden de nuevo el cielo,  
 Estremeciendo la tierra  
 Con su retronar violento...

En pos de Allende, Calleja,  
 Dejando á Hidalgo, va presto,  
 Y renueva Guanajuato,  
 En el formidable encuentro,  
 Del horror de Granaditas  
 Los sucesos estupendos;  
 Pero esta vez la fortuna  
 Condenó á martirio al pueblo.

GUILLERMO PRIETO.



## LA PRISION DEL HEROE

El viajero que visite  
 la capital de Chihuahua,  
 podrá ver tras el palacio  
 de los Poderes, la estancia  
 que fué la prisión del héroe  
 libertador de la patria.  
 Allí, de una torrecilla  
 antiquísima y truncada,  
 se alzan los muros que fueron  
 opresores de aquella alma,  
 que trató de desligarnos  
 de la corona de España.  
 Una tarde, cual solía  
 recorrer calles y plazas,  
 al enfrentar á esa torre,  
 llamó mi atención la placa  
 que en inscripción clara indica  
 de nuestra historia esa página;  
 y al punto, en aquel recinto  
 penetré, como quien trata  
 de investigar algo nuevo  
 para conmover el alma.  
 Tras una escalera estrecha  
 que en espiral se levanta  
 entre vagas claridades,  
 llegué por fin á la estancia  
 que mide unos cuantos metros,  
 por negros muros cerrada.  
 Una exigua ventanilla

permite ver á distancia,  
 las colinas que limitan  
 de aquel valle la explanada.  
 Era la hora del crepúsculo:  
 hora en que la luz se escapa  
 lentamente, cual si huyera  
 de la oscuridad que avanza;  
 y en aquella hora, de pie  
 frente á la estrecha ventana  
 quedéme absorto, abismado,  
 sin saber lo que pensaba;  
 que en confusión discurría  
 sobre aquella cruel etapa  
 de nuestra historia de luchas  
 que tan honda huella marcan.  
 Pensé que en el mismo sitio  
 que del momento ocupaba,  
 el buen Cura de Dolores  
 deleitaría su alma,  
 contemplando ese horizonte  
 que á mi vista se espaciaba,  
 anhelando su albedrío,  
 la libertad tan preciada.  
 Y así pasé, no sé cuánto  
 tiempo frente á la ventana;  
 mas al cabo densa sombra  
 esfumó aquel panorama,  
 que aún lo contempla mi mente  
 cuando el recuerdo le asalta.  
 Descendí aquellos peldaños  
 meditando que mi planta  
 hollando, tal vez, iría  
 los mismos sitios que hollara  
 el pie del heroico anciano  
 cuando al suplicio marchaba,  
 y sentí de honda tristeza  
 ios estragos en el alma.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey Abril 27 de 1910.



## EL NIÑO ARTILLERO

Es segundo mes del año;  
 Diez y nueve soles cuenta:  
 Sobre las calles de Cuautla  
 Flotan soberbias banderas  
 Do se lee: "¡Que muera España!  
 Que viva la Independencia!"  
 En trueno, en llamas, en bronce,  
 Sobre el pueblo se descuelga,  
 Como aguacero de rayos,  
 La cólera de Calleja  
 Que, seguro de su triunfo,  
 Ruge, cual ruge la fiera,  
 Al empaparse de sangre  
 Cuando destroza su presa.  
 Sobre los aires se cruzan  
 Con el plomo las blasfemias,  
 Y con la sangre que corre  
 Pierde su color la tierra.  
 Escenas de horror y espanto  
 En los aires se renuevan,  
 Y en las alturas la llama  
 Con furia voraz ondea.  
 Los heridos moribundos  
 Con ayes los vientos pueblan,  
 Y aullan de rabia mujeres  
 Que las calles atraviesan

Conduciendo agua y socorros  
 A los que ardientes pelean.  
 Los niños abandonados,  
 Unos lloran, y otros juegan  
 Entre montones de muertos  
 Y entre despojos de guerra.  
 Al costado de San Diego,  
 De Galeana fortaleza,  
 Viendo al Norte, y extendiendo  
 Al ocaso la siniestra,  
 Se elevaba un fuerte muro  
 Con honores de trinchera,  
 En donde se empeñó tanto,  
 Tan temerario Calleja,  
 Donde las crueldades fueron  
 Tan terribles y sangrientas,  
 Que cediendo á rudo empuje  
 Quedó un momento desierta  
 En medio del fuerte choque  
 De tigres y de panteras.  
 Estaban los artilleros  
 Muertos junto de las piezas,  
 Los cañones silenciosos,  
 Ardiendo la "cuerda-mecha."  
 El enemigo furioso  
 Descubierta un flanco observa,  
 Y alucinado de gozo,  
 Viendo la victoria cierta,  
 Con oficiales resueltos  
 Y con impávidas fuerzas.  
 El asalto preparando,  
 Se dirige á la trinchera;  
 Pero detrás de aquél muro  
 Y sin que nadie lo advierta,  
 Quedaba un niño del pueblo,  
 Audaz, vivo, que se emplea  
 En ir sembrando donaires  
 Donde arde más la pelea;  
 Ojo negro, tez oscura,

Largo el cuello, carnes recias,  
 Risueño al par que valiente,  
 Y que á nadie se sujeta.  
 Este mira á los realistas,  
 Que decididos se acercan:  
 Ya reconocen, ya avanzan,  
 Ya preparan y ya llegan;  
 Y cuando tocan el muro,  
 Al asaltar con fiereza,  
 El niño al cañón aplica  
 Resuelto la cuerda-mecha,  
 Y torrente de metralla  
 La fuerza invasora asuela.  
 "¡Que viva el Cura Morelos!"  
 Grita el chico, la cabeza  
 Levantando con orgullo  
 En la triunfante trinchera.  
 Acuden los de Galeana:  
 Es victoria la sorpresa,  
 Y en los fuertes de patriotas,  
 Tocaban diana las trompetas.  
 "¿Quién es?—preguntó la fama,  
 "El niño de tal proeza?"  
 Y contestaba orgullosa  
 La Historia imperecedera:  
 "Ese es Narciso Mendoza,  
 "Que no abandona la escuela,  
 "Que los catorce no cumple  
 "Y entre el fuego se pasea.  
 "Con vítores le saludan  
 "Los chicuelos que le cercan,  
 "Y recordando su hazaña,  
 "Se llama la calle entera  
 "Calle del "Niño Artillero,"  
 "Como lo dicen sus letras."

GUILLERMO PRIETO.



## LA MUERTE DE HEVIA

(Mayo de 1821.)

¡Oh Villa de los "Treinta Caballeros,"  
Coronada la frente de palmeras,  
En suaves lomas de verdor perenne  
Del caserío la blancura ostentas!

Y dando protección al caserío,  
Los muros venerables de la Iglesia  
Que á los cielos dirigen una torre  
A la vez campanario y fortaleza.

Así del Sur sobre las flavas lomas  
Las arrogantes huestes la contemplan,  
De los Virreyes las floridas huestes  
Que manda el Coronel Fransisco Hevia.

Las casas de comercio de la Villa,  
El aire asordan con cerrar de puertas,  
Y las gentes humildes, sus moradas  
También de golpe y santiguando cierran.

En los peldaños de las "Casas Reales"  
Ya los vecinos á pelear se aprestan  
El arma al brazo y con el pulso firme,  
Así la Villa al enemigo espera.

En tanto por las calles escondidas  
Del Sur, avanza don Francisco de Hevia;  
San Sebastián recibe á los dragones  
Y cuartel general es la Plazuela.

Quince de Mayo, en el azul del cielo  
Hizo el sol la mitad de su carrera.  
Dos dragones están en el Cabildo  
Y terse nema de su campo dejan.

Como el Cabildo en proceder honroso  
No quiere de la plaza hacer entrega,  
Sitúan los realistas los cañones  
Y el fuego rompen y el combate empieza.

De las casas contiguas en los muros  
A golpes de cañón abren las brechas,  
Se lanzan á los patios con denuedo  
Y á los patriotas en su sitio encuentran.

Entre voces, disparos y lamentos,  
Imprecaciones y rodar de piezas  
Y crujir de techumbres y alaridos  
Y vivas á la santa Independencie,

Rechazan á los bravos escuadrones  
Los cordobeses y reparan brechas  
A la voz de Durán y Guarda-el muro,  
Calatayud, la Llave y los Herrera.

Tras un ocaso de fulgentes oros,  
La noche tropical fragante llega;  
Al tronco de los árboles prendida,  
De la cigarra su canción postrera.

Canción de paz en medio del combate,  
Canción de vida de la muerte vuela,  
Recortando lo negro de la noche  
Las fogatas denuncian las trincheras.

Despunta el nuevo sol y los hispanos  
Arrojan mantas de candente brea  
Y pronto las perdidas posiciones  
En siniestro relámpago flamean;

Mas los vecinos que carentes de armas  
No pudieron volar á la defensa,  
Socorren á las víctimas y apagan  
La que parece inextinguible hoguera.

Avanza el nuevo sol y los cañones  
Ibéricos prosiguen la contienda  
Y sañudos enfilan la Botica  
En la que vive don Joaquín de Herrera.

Y por eso un obús á la Botica,  
Con precisión apunta el mismo Hevia,  
Cuando una bala de fusil certero  
Le hiere el cráneo por la sien derecha.

Y cae aquel valiente de valientes  
Al pie de su cañón y su trinchera,  
Y España pierde al último soldado  
Que su mundo eslabona con América.

Redoblan el ataque los hispanos  
Con la temeridad de la impotencia  
Y cinco días repiten los asaltos,  
Y cinco días los rechaza Herrera.

Y Félix Luna, el bravo guerrillero,  
hasta los puestos españoles llega,  
En sus alardes de pujante arrojo,  
A terminar obliga la contienda.

Corridas y en desorden van las tropas  
Que mandó el coronel Francisco Hevia.  
En la plaza las dianas militares,  
Los disparos, los cohetes y la fiesta

Aturden de contento los espacios  
Y á los héroes y á México celebran.  
Los huecos de las balas en los muros  
Y del incendio las terribles huellas,

Dominando del tiempo los estragos,  
El patriotismo y el valor atestan.  
¡Oh, Villa de los «Treinta Caballeros,»  
Tu sacrificio dicen las palmeras  
Y tu gloria pregonan los laureles  
Que tus campiñas aromadas pueblan!

RAMON MENA.

México, 1910.



## LEONA VICARIO

---

### I

Suele en pavorosa noche  
Soplar repentino el viento,  
Y rompiendo de las nubes,  
Retronando, el negro velo,  
Dejar absorta la vista  
Reverberantes luceros,  
En una esfera infinita  
De claridad y sosiego  
Suele torrente impetuoso,  
Al emprender rumbo sesgo,  
Derramar las hirvientes  
En escabroso descenso  
Que recorren, y dormidas  
Retratan el limpio cielo.  
Suele en el espeso bosque  
De precipicios cubierto,  
Al acaso abrirse un claro  
De do percibe el viajero  
Claras fuentes, dulce sombra,  
Cabañas y refrigerio.  
Así en medio á los horrores  
Que narro, aparece un cuento,  
Que comunica á la historia  
Los hechizos del ensueño.

### II

Era la joven Vicario,  
Y era su nombre opulento,  
Prodigio de entendimiento,  
Y de virtud relicario.

Ardiente se enamoró  
De un hombre que en nuestra historia  
Es honor, y luz, y gloria;  
Su nombre, Quintana Róo.

Quintana era cual conciencia  
Del ejército insurgente,  
Y era su pluma elocuente  
Aima de la Independencia.

La joven, que al héroe amaba,  
Entusiasta confundía  
El amor que la encendía  
Con la causa que abrazaba.

Y así, henchida de pasión,  
Arrebatada, vehemente,  
Se hizo brazo y confidente  
De don Ignacio Rayón.

Es delatada, se oculta.  
La aprehenden, y en el momento,  
De Belem en el convento  
Sin piedad se la sepulta.

Feliz de sufrir, contenta,  
A Virrey dijo verdades,  
Y censuró sus crueldades  
Con amargura sangrienta.

Iracundo está el poder,  
Y redobla su violencia

CAPITULO  
MARTIN  
VICARIO

Verse puesto en evidencia  
Por una débil mujer.

## III

Era la noche; tres bultos,  
Salen de la sombra incierta,  
Y del convento la puerta  
Fuerzan, penetrando ocultos.

En un alazán ardiente,  
Por la noche protegida,  
Es la joven conducida  
A poder de su insurgente.

Donde delante de Dios  
Y frente al divino altar,  
Se juraron siempre amar,  
Sirviendo al pueblo los dos.

Y la historia en la ciudad  
Fué mirada, con razón,  
De los tiranos baldón,  
Y honra de la libertad.

GUILLERMO PRIETO.



## ITURBIDE EN IGUALA

(24 de Febrero de 1821.)

## I

Ya viene la Primavera  
y los campos engalana,  
matizando de verdes,  
los valles y las montañas.  
Azul y hermoso está el cielo;  
fresca la tierra y lozana,  
y radioso el Sol Levante  
que de luz al mundo baña.  
México, la ninfa bella,  
joya del indiano Anáhuac,  
á que sus conquistadores  
le llamaron NUEVA ESPAÑA  
la que tres siglos viviera  
bajo la tutela y guarda  
de la que fué por sus hechos  
de nosotros MADRE PATRIA.  
la que en Dolores, un día,  
próxima á rayar el alba,  
oyó de un anciano Cura  
la voz poderosa y franca,  
lanzar á la faz del mundo  
de la Libertad sagrada,

grito generoso y noble  
que repercutió en España;  
la que luchó desde entonces  
para verse emancipada,  
y en once años de combates,  
de sangre y de represalias,  
no logró ceñir su frente  
con la corona preciada  
del triunfo, que tantas vidas  
sacrificó á su esperanza.....

Hoy, del Sur en las regiones;  
en un valle de esmeralda,  
que ciñen verdes colinas  
y gigantescas montañas;  
entre flores tropicales  
que la bóveda azulada,  
como dosel espacioso  
cubre y embellece..... ¡IGUALA!  
ciudad de la ardiente zona,  
que el tamarindo embalsama,  
y los almendros frondosos  
con profusión engalanan.

De júbilo estremecida,  
y de amor alborozada,  
despierta al eco sonoro  
de mil voces que proclaman  
en medio de la sorpresa  
á que el entusiasmo iguala;  
¡un plan que secreto estuvo  
en la mente y en el alma  
de su autor; hasta ese día,  
hasta esa hermosa mañana,  
en que al bélico sonido  
de músicas y campanas,  
al estruendo poderoso  
del cañón y de las armas;  
á la voz del patriotismo  
que á todos convoca y llama;  
fijo aparece doquiera  
en las calles y en las plazas

impreso en letras de molde,  
ese pian, ardiente llama  
de colosal pensamiento,  
que hizo estremecer de júbilo  
á la tierra mexicana,  
y se llamó desde entonces,  
el salvador ¡PLAN DE IGUALA...!

Obra del gran Iturbide,  
caudillo de justa fama,  
que político y guerrero,  
valiente y de noble alma,  
ideó para darle vida  
independiente á la PATRIA.

No campean en lo escrito,  
palabras de odio y venganza,  
ni se respira leyéndolas  
revolución sanguinaria,  
sino perdones y olvido  
de las contiendas pasadas;  
de la Religión de Cristo,  
la incolumidad sagrada,  
unión fraternal y noble  
de personas y de razas,  
y la justa independencia  
de la que fué MADRE PATRIA.  
¡TRES HERMOSAS GARANTÍAS!

Tres cariñosas hermanas,  
que han formado desde entonces  
de la nación mexicana,  
la dicha, el orgullo, el santo  
patriotismo que proclaman,  
esos hermosos colores  
de nuestra bandera patria,  
el símbolo más preciado,  
que Iturbide nos legara.

## II

Era el día dos de Marzo.  
Todo en Iguala se apresta,

para jurar aquel día  
 el plan de la Independencia.  
 En la trigarante hueste,  
 por todas partes se observa  
 ese júbilo ardoroso  
 con que las grandes ideas  
 incendian los corazones,  
 y de ventura nos llenan.  
 El pueblo está alborozado;  
 la muchedumbre se acerca  
 á la plaza en que el ejército  
 custodia por vez primera,  
 el lábaro independiente,  
 que en tres colores demuestra  
 lo que puede y lo que vale  
 el genio, cuando lo elevan;  
**HONOR, JUSTICIA Y DEBERES,**  
 norma de grandes empresas.  
 En medio á la extensa plaza,  
 se mira arrogante y bella,  
 flotar de la brisa al vuelo  
 la trigarante BANDERA.  
 Su color blanco pregona,  
 de RELIGION la pureza;  
 el rojo, LA UNION ansiada:  
 el verde LA INDEPENDENCIA  
 El ejército orgulloso  
 de tener aquella prenda,  
 de sus anhelos el alma,  
 de su porvenir la enseña:  
 aguarda el momento augusto  
 de jurarle á su bandera,  
 ante la imagen de Cristo  
 colocada en una mesa,  
 que el independiente lábaro  
 con arrogancia sombrea;  
 ¡Fidelidad que no vencen  
 los horrores de la guerra,  
 de la traición los halagos,  
 ni los hierros de la fuerza!

¡Fidelidad á que el hombre  
 la vida abnegado entrega,  
 porque en Dios siempre confía  
 y en Dios halla recompensa!  
 ¡Llega el instante supremo!  
 ¡turbide á la cabeza  
 de su guerrera falange,  
 en la plaza se presenta,  
 para ver el juramento  
 del Plan de Iguala y bandera,  
 que acabaron para siempre  
 de sellar la Independencia:  
 y él mismo jurar primero,  
 sacrificarse á su empresa.  
 El capellán del ejército,  
 está al pie de la bandera,  
 que el batallón de Celaya  
 escolta de honor le presta.  
 La dulce imagen de Cristo  
 en la Cruz, sobre la mesa,  
 solemnidad y respeto  
 dan á la grandiosa escena.  
 El Evangelio del día,  
 con voz pausada y serena,  
 Lee el Capellán y luego,  
 deja la página abierta  
 del Santo Libro, y espera.  
**DON AGUSTIN DE ITURBIDE,**  
 apuesto y noble se acerca;  
 sobre el Evangelio pone  
 con fe, la mano siniestra,  
 y en el puño de la espada,  
 con patrio ardor la derecha.  
 En esa actitud pronuncia  
 en alta voz, que resuena  
 en todos los corazones,  
 como una música excelsa,  
 el juramento pedido  
 por el Capellán. Y apenas  
 termina diciendo: juro

para siempre, la defensa  
 de LA RELIGION CATOLICA,  
 LA UNION preciada y estrecha,  
 de españoles y de criollos,  
 y absoluta INDEPENDENCIA  
 de la esclarecida Madre  
 que vida y amor nos diera;  
 cuando por todos los ámbitos  
 de aquel recinto se eleva,  
 unánime, ardiente grito;  
 voz inexplicable, inmensa,  
 potente como el acento  
 de poderosa marea;  
 ¡elevándose hasta el cielo,  
 llena de esperanzas bellas,  
 y de su altura bajando  
 en bendiciones excelsas,  
 que repetían vibrantes  
 como notas gigantescas;  
 un ¡VIVA DIOS Y LA PATRIA;  
 ITURBIDE Y SU BANDERA,  
 que con las tres garantías,  
 nos dieron libre existencia.....  
 En pos de Iturbide fueron,  
 toda la hueste guerrera;  
 con sus jefes y oficiales,  
 jurando de igual manera,  
 dar su vida por la causa  
 de Dios y la Independencia.  
 ¡Oh patriótico ardimiento!  
 ¡Oh sacrosantas creencias  
 de nuestros padres! ¡Oh nobles  
 ideales de otros tiempos  
 de fe y de amor, cuya herencia  
 á través de una centuria,  
 nuestra nacional bandera  
 guarda, como el hijo amante  
 de sus mayores la prenda  
 que le defiende y escuda  
 bajo la heredad paterna.....!

Terminado el juramento,  
 en la Parroquial Iglesia,  
 rinde al Todopoderoso  
 el autor de aquella empresa,  
 rodeado de su ejército,  
 pueblo y militar grandeza,  
 Los homenajes debidos  
 á la Sabia Providencia  
 que recibe en las alturas  
 las oraciones que elevan,  
 los que en su Poder confían;  
 los que le aman y respetan.  
 Transcurrieron siete meses.  
 Ha dado fin á su empresa  
 Don Agustín de Iturbide;  
 sin que la sangre corriera,  
 sin que horrores y desgracias  
 como en la pasada guerra,  
 de llanto y dolor llenaran  
 á la mexicana tierra.  
 Sobre el altivo palacio  
 en que flotó la bandera  
 de los hispanos virreyes;  
 nuestra tricolor enseña,  
 que en Iguala fuera el lazo  
 de fraternidad estrecha;  
 como símbolo de gloria,  
 de gloria imperecedera,  
 para bien de nuestra patria,  
 en señal de triunfo ondea,  
 desde el día venturoso;  
 desde la histórica fecha  
 veintisiete de Septiembre  
 de veintiuno, cual emblema,  
 de la protección del cielo  
 hacia la cristiana tierra,  
 donde la Virgen María  
 imprimió su planta excelsa.

Las pasiones, el olvido,  
y la ingratitud proterva,  
el cadalso de Padilla  
años después dispusieran,  
para pagar con un crimen  
el bien de la Independencia  
que debemos á Iturbide:  
pero nunca su grandeza  
borrarán de nuestra historia,  
ni el tiempo, ni la conciencia

ANTONIO DE P. MORENO.



## EL TIO BACHICHAS.

I

Entre una alfombra de flores  
Al pie tendida de un cerro,  
Se alza una ciudad alegre (\*)  
Sobre el desigual terreno.  
Las brisas de sus campiñas  
Mi débil cuna mecieron,  
Y á la sombra de sus bosques  
Pasé mis años primeros.....  
Rumbo al Sur hay un camino  
Al que forman verde techo  
Las ramas del liquidámbar  
Que aroma está despidiendo;  
Y recorridas dos leguas  
Un puente se encuentra al término.  
Un riachuelo que murmura  
Y unas torres á lo lejos.....  
¡Cuántas veces he cruzado  
Por esos sitios amenos  
El ambiente de la vida  
Aspirando á pulmón lleno!  
Feliz yo-si acaso logro  
A cuantos crucen por ellos

(\*) Jalapa.

Con este humilde romance  
Fijarles algún recuerdo.

## II

De este siglo en que vivimos  
Allá en los años primeros,  
En una pobre cabaña  
De Coatepec en el pueblo,  
Existió un humilde anciano  
Que, como todos los viejos  
Que en cortos lugares viven,  
El "tío" llevaba antepuesto  
A un apodo cuyo origen  
Suele ocultarnos el tiempo.  
Llamábanle el tío Bachichas,  
Mas él sin cuidarse de ello,  
Era con cuantos le hablaban  
Tan afable como bueno,  
Y cuando ya en el ocaso  
Lanzaba el sol sus reflejos,  
A la puerta de su choza  
Se agrupaban los chicuelos,  
Y él en cambio de sus risas,  
De su algazara y contento,  
Pues cómo el dulce calor  
Son los niños para un viejo,  
Les enseñaba afanoso  
Las letras del alfabeto,  
Historias les refería  
Que les sirvieran de ejemplos,  
Y al despedirse les daba.....  
Bendiciones y consejos.

## III

Cual suele en tranquilo estanque  
Donde se retrata el cielo,  
Tornar en revueltas ondas  
De las aguas el espejo,

La repentina caída  
De un voluminoso leño;  
Así la apacible calma  
De Coatepec en el pueblo  
Cambió de pronto una nueva  
En sobresalto y en miedo,  
Y esa alarmante noticia  
Que circuló en un momento,  
Era la de que unas tropas  
De las del real ejército,  
Desde la bella Jalapa  
A Coatepec irían presto;  
Y era fama que esas tropas  
Trataban á sangre y fuego  
De apagar de la insurgencia  
El inapagable incendio.  
Todo era espanto y sollozos,  
Todo, quejas y lamentos;  
Mujeres, niños y ancianos  
Llorando al monte se fueron,  
En tanto que el patriotismo,  
Siempre superando al miedo,  
A los hombres decidía  
A resistir como buenos.  
Al frente de sus hogares  
Se formaron todos ellos,  
Si no esperando en el triunfo  
Si á morir antes resueltos,  
Que á soportar humillados  
Insultos y vituperios.  
Así pasaron dos horas  
En angustioso silencio;  
Y luego á un terrible grito,  
Sin querer, se estremecieron:  
"Ahí están los gachupines,  
Ahí están ya", les dijeron,  
Los que avanzados estaban  
Y regresaban corriendo.  
Marchaban los españoles  
Demostrando tal aspecto,

Que parecían más bien,  
 Para una fiesta dispuestos,  
 Y sin cesar avanzando  
 Y desdenando hacer fuego,  
 Mientras que aún vacilaban  
 Los defensores suspensos,  
 Iban llegando arrogantes  
 A los límites del pueblo,  
 Cuando como tempestad  
 Que estalla en día sereno,  
 Brotó del fondo del bosque  
 De un cañonazo el estruendo,  
 Y vióse después tendido  
 De españoles un reguero;  
 De lo imprevisto el espanto  
 Apoderándose luego  
 Del orgulloso asaltante,  
 Cambióse el valor en miedo,  
 Y confusos los soldados,  
 Despavoridos huyeron,  
 Cual huye el niño que llega  
 A coger de gozo lleno  
 En el nido abandonado  
 Los huevecillos pequeños,  
 Y halla en el árbol un buho  
 Con ojos como de espectro.  
 Alentados con la fuga,  
 Los defensores del pueblo.  
 Sobre las revueltas filas  
 Como avalancha cayeron;  
 Y aprovechando el desorden  
 De aquel crítico momento,  
 Hasta más allá del puente  
 Al español persiguieron.

## IV

Después, cuando á sus hogares  
 Todos triunfantes volvieron,  
 La causa de aquel prodigio

Indagaron desde luego,  
 Y encontraron todavía  
 A aquel inocente viejo  
 Que el tío Bachichas llamaban,  
 Acariciando contento  
 Un cañón que presuroso  
 Había por sí mismo hecho,  
 Ahuecando un tronco de árbol  
 Y forrándole de cuero,  
 Y que con pólvora y piedras  
 Después de cargarle diestro,  
 Desde el bosque disparó  
 En el instante supremo.....  
 Repicaron las campanas,  
 El cañón ornaron luego  
 Con las más vistosas flores,  
 Y por las calles del pueblo  
 Condujeron entre "vivas"  
 Al tronco humeante y al viejo  
 Roto aquél y ennegrecido  
 Se iba pedazos haciendo,  
 Y éste como siempre dando  
 Bendiciones y consejos....  
 Muy pronto los dos en polvo  
 Habrían de quedar deshechos.  
 Mas todo aquel que algo noble  
 Sienta latir en su pecho,  
 Si aquesta historia conoce  
 Y si visita aquel pueblo,  
 Sea de la patria que fuere  
 Recordará con respeto  
 Aquel espanto, aquel triunfo,  
 Aquel cañón y aquel viejo.

EDUARDO E. ZARATE.



## DON PEDRO MORENO

---

Aquel bizarro insurgente  
Que fué gloria del "Sombrero,"  
El compañero de Mina,  
El que brilló en los Remedios,  
El asombro de Jalisco,  
La joya de los Lagüeños,  
Del rancho del Venadito  
Escapa con bravo esfuerzo,  
Después de dejar á Mena  
Entre los verdugos preso.  
¡Oh qué tremenda sorpresa!  
¡Oh qué dolor! ¡oh qué duelo!  
¡Qué bravura tan estéril  
Y qué corazón tan negro  
El que alentaba de Orrantía  
Lo indigno y mal caballero!  
Escapó medio desnudo,  
Mas con su espada, don Pedro  
Esperando en una cueva  
su criado traicionero,  
Que le vendió al enemigo  
En vez de darle consuelo.  
Aguardaba sus caballos  
El bravo insurgente inquieto,  
Cuando oye tropel confuso  
Que se le acerca violento;

Eran los hombres de Orrantía  
Que como lobos hambrientos  
Se lanzaban á su presa  
De ardiente furor rugiendo.  
Moreno, altivo, orgulloso  
Les esperaba soberbio,  
Y los primeros que llegan  
Quedaron á sus pies muertos.  
Entónces aquellas fieras  
Ceban en él sus áceros,  
Y él rehucha y acomete  
Y rompe el terrible cerco,  
Y derribado combate  
Hasta el postrimer aliento,  
Dejando á sus enemigos  
Baldón, infamia y desprecio  
Al dejarles el despojo  
De su cadáver sangriento.

Orrantía manda que corten  
La cabeza del guerrero,  
La claven en una pica,  
Y á Lagos la lleven luego,  
Donde en alto la miraba  
Triste é iracundo el pueblo,  
Predicando Independencia,  
De heroísmo dando ejemplo,  
En vez de servir horrible  
De advertencia y escarmiento.

GUILLERMO PRIETO.

---

CAPITULO V



## LA CORREGIDORA

### I

Agotado el sufrimiento  
por tantas iniquidades,  
un grupo de hombres virtuosos,  
de corazón, sin alardes,  
sin pretensiones aviesas  
ni ambiciones reprochables;  
en patrio amor encendidos  
desarrollaba sus planes,  
que eran el darse una patria  
libre, hermosa, unida y grande.  
Don Miguel Hidalgo, el Cura  
de Dolores, era el padre  
de la idea redentora:  
y la llevaba adelante  
alentando á sus amigos  
con esa palabra fácil,  
vigorosa y convincente  
que de los cerebros parte,  
cuando se defienden causas  
que de la justicia nacen,  
y la verdad las apoya  
y la virtud les dá realce.  
Aldama, Allende, Abasolo,  
tres gallardos capitanes

de Dragones de la Reina,  
y que en San Miguel el Grande  
se encuentran acantonados,  
y son valientes y leales,  
el capitán Joaquín Arias  
que en Celaya está de avance,  
y el teniente Lanzagorta,  
platicador indomable,  
valeroso, más prudente,  
y discreto aunque parlante,  
eran de los conjurados  
con el presbítero Sánchez,  
los dos hermanos Gutiérrez,  
don Emeterio González,  
Mariano Galván Rivera,  
Villaseñor, Juan Cervantes,  
el Corregidor Domínguez,  
Juan Ochoa, y aun el alcaide  
Ignacio Pérez, el héroe  
de quien se sirvió no en balde  
la noble doña Josefa,  
para dar en breves frases,  
el grito de alarma al Cura  
y á los bravos capitanes.

### II

Como la raza de Judas  
viene á través de los siglos  
perpetuando su abolengo  
y ensanchando sus dominios;  
entre aquellos luchadores,  
hombres patriotas y dignos  
que luchaban impacientes  
sin medir los sacrificios,  
por conquistar una patria  
libre, grande y de prestigio;  
no faltó un traidor avieso,  
un Iscariote maldito,  
que denunciara cobarde

los trabajos emprendidos,  
 y los nombres de las gentes  
 que tan glorioso camino  
 llenas de fé y de esperanza  
 buscaran sin egoísmo;  
 y que gustosas marchaban  
 al triunfo ó al sacrificio.  
 Mariano Galván, dos veces  
 de su puño y letra escrito,  
 mandó el infame denuncia,  
 que al pronto no fué credo,  
 dada la insignificancia  
 del traidor, mas fué preciso  
 darle asenso, á la insistencia  
 de la delación, y al mismo  
 tiempo, asegurar á todos  
 para esclarecer el dicho.  
 Sabiendo esto Juan Ochoa,  
 temeroso del castigo,  
 y pensando así salvarse,  
 fué y se delató á sí mismo,  
 y al capitán Joaquín Arias  
 le confesó su delito.  
 El Corregidor Domínguez  
 recibió expreso rescripto  
 de aprehender á los culpables  
 y atarlos con fuertes grillos.  
 Para cumplir el mandato,  
 pues es correcto y cumplido  
 sale en busca de la fuerza  
 que debe prestarle auxilio,  
 y al salir cierra la puerta  
 con llave, pues precavido  
 sospecha, que si 'a orden  
 la señora oyó, de fijo  
 tratará de entorpecerla,  
 llevada del patriotismo.

## III

Luego que sale Domínguez,  
 la sagaz doña Josefa,  
 que se ha enterado de todo,  
 tras una mampara, atenta,  
 pega en la pared tres golpes,  
 convenida contraseña  
 con don Ignacio, el Alcaide,  
 quien sin oponer espera,  
 ocurre al toque de alarma  
 y halla cerrada la puerta;  
 pero al escuchar sus pasos,  
 con su mujeril cautela,  
 por el ojo de la chapa,  
 le habla así doña Josefa:  
 "Sin pérdida de momento,  
 vaya en rápida carrera  
 hasta San Miguel el Grande,  
 y diga á Allende que sea  
 hoy mismo el levantamiento,  
 ó la muerte les espera,  
 porque ha sido denunciada  
 la conspiración, y llegan  
 tal vez esta misma noche  
 las indispensables fuerzas  
 para aprehenderlos á todos,  
 y matar la santa idea,  
 junto con los que han tenido  
 el valor de proponerla."  
 "Váyase luego á Dolores,  
 que el señor Cura lo sepa;  
 que se levanten hoy mismo,  
 y que en seguida se vengan  
 á salvarnos, porque somos  
 aquí la segura prenda  
 que el Virrey tiene en la mano,  
 y en la que con saña fiera  
 ha de saciar su venganza  
 y el odio que nos profesa;

pero no importa la vida,  
yo gustosa la ofreciera  
si con ese sacrificio  
comprara la Independencia."

## IV

Como rayo, el buen alcaide  
parte, ó como una saeta,  
lustigando á su caballo,  
que no corre, sino vuela;  
en seis horas de camino  
cruza una distancia inmensa,  
y á los nobles capitanes  
dá la terrible sorpresa,  
haciéndoles el relato  
que oyó de doña Josefa;  
y que sirvió como sirve  
fúlgida descarga eléctrica  
para anunciar formidable  
aquella hermosa tormenta,  
que surgió del pueblo humilde  
ante la palabra excelsa  
del anciano venerable,  
que sin la noticia aquélla  
de la mujer más insigne  
que la Historia nos presenta,  
en la garganta del Cura  
ahogada quedado hubiera;  
y aquel GRITO que en Dolores  
fue la luminosa tea  
de la cruzada sublime  
que nos legó Independencia,  
no hubiera escuchado el mundo,  
y por eso se venera  
el nombre de esa matrona,  
la "Insigne Doña Josefa."

RAFAEL NAJERA.



La Campana de Dolores



## LA CAMPANA DE DOLORES

---

### I

El campanario invisible  
De la fantástica iglesia  
Que en el seno de la sombra  
Oculta su mole negra,  
Lanzó á vuelo su campana  
Madrugadora y parlera,  
Haciendo vibrar los ecos  
Atónitos de la aldea.  
Aun cintilaban arriba  
Como joyas las estrellas,  
Y también la "vía láctea"  
Que es incienso de la esfera.  
Aun no surgía en el éter  
El alba de luces trémulas,  
Y el gallo apenas había  
Gritado su ronco alerta.....  
Pero vibró de improviso  
En la atmósfera serena,  
El clamor de la campana  
Y el pueblo al punto despierta.  
Los vecinos de Dolores  
Que al dulce sueño se entregan,  
Al oír aquel clamor,  
Peligros temen y crean.

CAPITULO I  
LA CAMPANA DE DOLORES